

Rebelión aristocrática de los intelectuales franceses contra la devaluación de la cultura

••• (Viene de página 1)

En su aristocrática rebelión preconiza un «intelectual de tercer tipo» que no calla, que asume sus responsabilidades sociales en nombre de la «Verdad» y la «Razón», lejos de bajos «compromisos» al estilo del mil veces condenado Jean-Paul Sartre. Insiste igualmente en poner las cosas en su sitio diciendo que comparar un «clip» publicitario con una secuencia de Visconti conduce al malestar cultural y a la cretinización.

Desgraciadamente para el filósofo, en su libro apresurado sólo se ha visto «la recuperación, en clip, del pensamiento anti clip, nacido no sólo lejos de él, sino contra él», como escribe ferozmente el prestigioso crítico de «Le Monde» y académico Bertrand Poirot-Delpech.

La complejidad de pensamiento que Henri-Lévy recomienda a sus colegas los intelectuales, pese a no aplicarse él el cuento, es mejor servida por Alain Finkielkraut en «La derrota del pensamiento», que se remonta hasta el romanticismo alemán para explicar la cultura zombie que nos sumerge.

En el XVIII, dice Finkielkraut, los hombres aspiraban a «la cultura», una cultura universal del «hombre con el pensamiento». Desgraciadamente, el triunfo del concepto de «nación» y «espíritu nacional» del romanticismo alemán sustituyó «la» cultura universalista por «las» culturas locales.

Todavía en la última posguerra, el documento fundacional de la Unesco hacía referencia a la cultura universal. Pero el etnólogo Claude Lévi Strauss se elevó contra este «etnocen-

Preconizan un «intelectual de tercer tipo» e insisten en poner las cosas en su sitio diciendo que comparar un «clip» publicitario con una secuencia de Visconti conduce al malestar cultural y a la cretinización

trismo» europeo y reivindicó «las» culturas del Tercer Mundo. Consecuencia: una ideología que ayudó en las luchas por la independencia, pero que luego sirvió para legitimar, en nombre de los valores «locales y propios», todas las dictaduras.

Si no hay valores universales, ¿por qué no aceptar el chador o el partido único?, se pregunta Finkielkraut, quien ve en este triunfo del romanticismo alemán el pretexto a un nuevo racismo, disfrazado de manera decente.

En nuestras sociedades occidentales, la perversión del

«hombre con el pensamiento» ha llevado a igualarlo con el hombre en su vida cotidiana. Todo es arte. Todo es cultura. Un peluquero de moda o el diseñador de un par de botas es «cultura» igual que una obra de Shakespeare. El corte de unos «jeans» es cultura. El arte que eleva el espíritu del hombre, Mozart, es equiparado a la música que reúne amigablemente a los jóvenes.

Finkielkraut denuncia el culto a los jóvenes como supremo valor, como si todo lo joven, por el hecho de serlo, fuera válido. No es extraño que Jack Lang, el ministro socialista que

hizo entrar la moda en el Louvre, sea el idolo de esta juventud desvertebrada que rechaza la jerarquía cultural y que confunde la libertad con la posibilidad de cambiar de canal de televisión. Una juventud a la que se le dice que es tan «cultura» el modo de vestirse como la filosofía de Kant.

Especialmente pertinente es el análisis de Finkielkraut en torno a las dos grandes profesías que han marcado esta segunda mitad del siglo XX: «1984», de Orwell y «Un mundo feliz», de Huxley. Orwell temía que no tuviéramos información, que se nos ocultara la verdad. Occidente esperaba «1984», pero ha llegado «Un mundo feliz», en el que la verdad queda ahogada en un océano de insignificancia, prisionera de la trivialidad.

Se rebela el pensador contra la alternativa en que se nos quiere encerrar, o el totalitarismo o el videoclip publicitario, como si tuviéramos que decir lo maravilloso que es la publicidad por lo mala que es Rusia. Finkielkraut denuncia la ideología vehiculada por la publicidad: que la meta última del hombre es procurarse la felicidad.

Por eso, reivindicando a Hanna Arendt, Finkielkraut no duda en hablar de «barbarie» a propósito de la regresión del pensamiento hoy en Occidente. «La barbarie» es el título del libro de Michel Henry de reciente publicación. Obra que trata, al igual que «El alma desarmada», de Allan Bloom, que acaba de ser traducido al francés, del declive de la cultura en Occidente.

Cancerberos del museo

PARIS.—Por supuesto, las protestas contra esta resurrección de los intelectuales no se han hecho esperar. Maurice Fleuret, un hombre que trabajó cinco años con Jack Lang, se ha desencadenado contra estos «cancerberos del museo-necrópolis» que «reduce la cultura a una colección de obras admirables y justamente admiradas allí donde yo veo, además, un vasto conjunto de comportamientos y fenómenos, representativos de una so-

riedad en un momento dado».

El debate sigue abierto y levantará ampollas. De momento ya ha puesto en evidencia que «cultura» es una palabra enferma y que cuando se aplica indebidamente, como se ha hecho estos últimos años, es simplemente el «arma absoluta de los imbéciles contra toda forma de pensamiento articulado», tal como dice el escritor Jacques Julliard.